

CAPITULO VIII.

CAMPANA DE ITALIA. — QUINTA ÉPOCA.

GUERRA DEL PAPA. — TRATADO DE TOLENTINO — GENERALES
EN JEFE: BONAPARTE, EL CARDENAL BUSCA.

(Del 2 al 19 de febrero de 1797.)

LA rendicion de Mántua al general Serrurier vino á ser, por la moderacion de Bonaparte, una ceremonia sin pompa de un triunfo inmortal, y Wurmser no tuvo el sentimiento de desfilarse en calidad de prisionero á la cabeza de su guarnicion delante de su vencedor. Pocos dias despues, dió á Bonaparte una prueba señalada de su agradecimiento, dándole aviso de una trama maquinada para envenenarle en la Romaña á donde llevaba sus armas. Sin este aviso necesario, el destructor de cuatro ejércitos austriacos en batallas campales podia perecer oscuramente á manos de un fanático ó de un asesino. La nueva campaña fue

corta y poco gloriosa. Los encuentros con las tropas del Papa fueron para los soldados franceses unos meros ejercicios militares. Así es que el general en jefe reservaba á la Santa Sede en premio de sus traiciones, una venganza puramente política y administrativa.

Un tratado de armisticio se habia firmado, en 23 de junio de 1796, en Bolonia por el marques Guidi, plenipotenciario del Papa, el general en jefe Bonaparte, los comisionados civiles Garrau y Saliceti, y en fin, bajo la mediacion de la España, por el caballero Azara, ministro de aquella potencia cerca de la Santa Sede. Habia sido ratificado por Su Santidad en Roma el 27 del propio mes. Desde el 13 de noviembre, el embajador frances Cacault se quejaba de que el tratado no se ejecutaba; pero luego se le ofreció la ocasion de conocer las verdaderas intenciones de la corte de Roma, en un manifiesto que el feliz suceso de la introducción de víveres en Mántua inspiró de repente al Santo Padre. Despues de haber anunciado que toda negociacion de paz era incompatible con *la religion catolica* y sus deberes como soberano, « S. S. prescribe á todos los » obispos, curas, magistrados y á cualquier

» otra persona empleada, de animar los pue-
 » blos que dependen de ellos á tomar las ar-
 » mas y *aun de excitarlos tocando á rebato se-*
 » gun esta mandado por la declaracion de 31
 » de enero 1793. » El general Bonaparte pidió
 directamente explicaciones sobre aquella ex-
 traña proclama , lanzada enmedio de un ar-
 misticio, y se le contestó formalmente que el
 Papa reconocia este manifiesto como obra suya
 y que habia tenido por conveniente publicarlo,
 con el fin de hallarse siempre en estado de de-
 fensa. A pesar de una declaracion tan audaz,
 Bonaparte tuvo la generosidad de escribir al
 cardenal Mattei, legado de Ferrara: « Cono-
 » ceis, señor cardenal, la fuerza y el poder
 » de los ejércitos de mi mando. Para destruir
 » el poder temporal del Papa, no me falta sino
 » quererlo. Idos á Roma; ved al Santo Padre;
 » ilustradle sobre sus propios intereses; liber-
 » tadle del influjo de los intrigantes que le ro-
 » dean y que quieren perder á S. S. y á la
 » corte de Roma. El gobierno frances me per-
 » mite aun oír proposiciones de paz. Todo
 » puede componerse. La guerra, tan cruel
 » para los pueblos, tiene resultados terribles
 » para los vencidos. Ahorrad grandes desgracias

» al Papa. Sabeis cuanto deseo personalmente
 » dar término con la paz á una lucha, cuyo fin
 » seria para mí sin gloria así como sin peli-
 » gro. » El general Bonaparte no se contentó
 con dar este paso con respecto al Sumo Pon-
 tífice; escribió al ciudadano Cacault en 28 de
 octubre: « Doy mucha mas importancia al tí-
 » tulo de conservador de la Santa Sede que
 » no al de su destructor. Sabeis vos mismo
 » que siempre he tenido iguales sentimientos
 » con relacion á este objeto, y mediante las
 » facultades ilimitadas que me ha dado el Di-
 » rectorio, si en Roma hay juicio, nos apro-
 » vecharemos de esta circunstancia para dar
 » la paz á esta hermosa parte del mundo y
 » para tranquilizar las conciencias timoratas de
 » varios pueblos. » Tales eran las disposicio-
 nes benévolas de Bonaparte con respecto á la
 corte de Roma, á pesar de la violacion del ar-
 misticio por la proclama del Santo Padre, y
 tambien á pesar de que se negase á pagar las
 cantidades y á entregar las subsistencias esti-
 puladas, cuando se interceptó entre otras car-
 tas la que el cardenal Busca dirigia, con fecha
 del 7, al prelado Albani embajador de Roma en
 Viena. Este prelado negociaba en aquel mismo

momento con el baron de Thugut una alianza ofensiva y defensiva entre la Santa Sede y el Austria, y el gobierno imperial se obligaba á enviar al Papa al general Colli para mandar las tropas pontificales contra los Franceses. « En » cuanto á mí, decia el cardenal Busca en » aquella carta, mientras podré conservar la » esperanza de lograr socorros de parte del » Emperador, procuraré ganar tiempo relativamente á las proposiciones de paz que me » hacen los Franceses. » Decia, ademas, que las órdenes estaban dadas para recibir al general Colli en Ancona; que el Papa le señalaba un sueldo, y pedia un cuerpo de Austriacos para cubrir la Romaña; en fin que era preciso hacer pasar este socorro por mar desde Trieste á Ancona. El cardenal añadia que seria imprudente enviar á los soberanos católicos los breves que se habian pedido para publicar de nuevo la guerra de la Santa Sede contra la Francia. « Este paso dado por el Papa » no podria ocultarse á los Franceses; nos hallariamos expuestos á toda su indignacion » antes de tener la seguridad de la alianza de » S. M. I. Segun lo que me direis sobre el » punto *de guerra de religion*, el Papa se re-

» solverá á enviar los breves y á dár cualquier otro paso que exigireis de él. » Con esta prueba irrecusable de la traicion de la Santa Sede, Bonaparte mandó á Cacault salir de Roma é ir á Florencia. Antes de marcharse, Cacault vió al cardenal Busca quien, desesperando de poder detenerle y engañarle todavía, le dijo: « Haremos un Vendée con la Romaña y con las montañas de la Liguria; en fin, con la Italia entera. »

El general Bonaparte, despues de haber mandado á Cacault que se retirase, tuvo la indulgencia de escribir desde Verona al cardenal Mattei, poniendo bajo sus ojos las cartas interceptadas. « He aquí, pues, esta comedia ridícula casi acabada. Las cartas que os envío os demostrarán mas claramente aun, la perfidia, la ceguedad y la estupidez de los que dirigen actualmente la corte de Roma. » Pero, suceda lo que sucediere, os ruego digais al Papa que puede quedarse con la mayor tranquilidad en Roma. Primer Ministro de la religion, hallará, bajo este título, protección para sí y para la Iglesia. »

Bonaparte era jóven entonces, no conocia todavía la corte de Roma ni el espíritu de

aquella Iglesia á quien daba garantías de proteccion. En contestacion á tantos pasos benévolos, y á la comunicacion franca de los documentos de la correspondencia que daban pruebas tan manifiestas de la mala fe del gabinete pontifical, se publicó en Roma una nueva proclama intitulada: *Harenga dirigida á los valientes que pelean bajo los estandartes de la Iglesia para la salvacion comun*. He aquí este documento singular, en todo su contenido:

« Ha llegado por fin el momento tan deseado de acudir á las armas, ó pueblos valientes, antiguamente súbditos de Quirino, hoy súbditos del Príncipe de los apóstoles, miembros fieles del patrimonio de san Pedro é hijos dilectos de la santa Iglesia romana! Las iniquidades de toda clase, cometidas en todos los lugares donde han penetrado esos pretendidos libertadores, esos amigos fingidos, pero verdaderos opresores y tiranos de los pueblos, os han conmovido y hecho decididamente pensar en vuestros verdaderos intereses. La irreligion y el ateismo el mas impudente de que hacen alarde, os han hecho temer con razon, ver

» á vuestra santa religion no solamente despreciada, pero aun enteramente destruida; » esta religion tan cuidadosamente conservada » y transmitida sin mancha hasta vosotros » por vuestros antepasados; así, como verdaderos católicos, os ha horrorizado la amistad con unos impios, con unos hombres que, renunciando la fe que profesais, se han hecho mas indignos de vivir en buena inteligencia con vosotros, que no lo son los paganos y los publicanos á quienes el divino legislador no permitia siquiera que se les saludara. La experiencia funesta de su conducta inhumana y feroz para con nuestros consúbditos de Aviñon, de Carpentras, de Bolonia, de Ferrara, y con los súbditos de los otros Estados de Italia á quienes han despojado, arruinado, echado de sus casas, ó traído á una muerte segura y desgraciada para satisfacer su bárbaro capricho; la injusta requisicion de tantos millones de escudos, de tantos hermosos objetos, manuscritos, estatuas, cuadros, y pinturas de iglesia, las mejores que habia en Roma y en los Estados pontificales, y esto con el título de armisticio, no para pagar la guerra que no les

» habeis hecho, sino para pagarse con anti-
 » cipacion del pillage que no han podido ha-
 » cer; las condiciones mas duras de una paz
 » engañadora, trayendo consigo los resultados
 » mas abominables y mas gravosos; las ame-
 » nazas insolentes que os hacen sin cesar, así
 » como al vicario de Jesucristo, al Sumo Pon-
 » tífice, á nuestro amado soberano, cuya pa-
 » ciencia heróica han cansado por fin: todo
 » ha servido para determinaros, cueste lo que
 » costare, primero á implorar la clemencia di-
 » vina, á correr la suerte de las armas, á re-
 » peler la fuerza con la fuerza, y á mostraros
 » como verdaderos Romanos acostumbrados
 » en todos tiempos á domar á los soberbios.
 » Sí, habeis deseado ardientemente hallar
 » la ocasion de hacer brillar de nuevo vuestro
 » antiguo valor tan terrible para todo el uni-
 » verso. Nuestro supremo pastor os segunda
 » por todos los medios que suministra la pru-
 » dencia humana. El cielo mismo se ha ma-
 » nifestado y declarado á vuestro favor, sea
 » conservándoos, como por milagro, salvos y
 » sanos hasta esta época, y meros espectadores
 » de las calamidades de vuestros vecinos, sea
 » haciéndoos visiblemente avisar por las mira-

» das compasivas de la Vírgen Santísima, de
 » no dejaros seducir por hombres astutos
 » y engañosos, y no fiar en ellos ni en la paz
 » ni en la guerra.

» Pero, era cabalmente la guerra á la que
 » os obligaban vuestro ñterés, vuestros debe-
 » res, la conservacion de vuestra santa reli-
 » gion y Dios mismo autor de ella; habeis de-
 » seado la guerra como hombres discretos;
 » ahora os toca hacerla como Romanos, como
 » católicos los mas favorecidos del cielo, que os
 » ha constituido guardias y depositarios de la
 » silla de verdad, de la cátedra infalible de
 » San Pedro. *Quo' romia!*

» A las armas pues, corred todos á las ar-
 » mas! Despertad! Levantaos como unos gi-
 » gantes que no habeis degenerado de vuestros
 » antepasados! Adelantaos en atacar á un ene-
 » migo cuyos embustes conoceis demasiado,
 » pero que todavía no ha experimentado
 » los efectos de vuestro valor, y que por este
 » motivo os desprecia injustamente! Que
 » conozca por su daño y por su vergüenza el
 » peso de vuestros brazos! La historia tiene ya
 » dispuesta su pluma de oro, para sentar vues-
 » tras hazañas en los fastos de la inmortalidad.

» De un extremo á otro de la Europa, los ojos
 » estan dirigidos sobre vosotros: nadie duda
 » ni de vuestro valor ni del suceso feliz que le
 » ha de coronar.

» Nuestro excelente emperador Francisco II,
 » defensor magnánimo, y abogado de la igle-
 » sia romana, no contentándose con enviar
 » para socorrernos, á los intrépidos voluntarios
 » húngaros, transilvanos, croatas y alema-
 » nes, hace marchar todavía á solicitud de
 » nuestro santísimo y cariñoso padre Pio VI,
 » uno de sus generales, el mejor, el mas ex-
 » perto y el mas estimado, único bien que
 » nos faltaba y que deseabais obtener. Se ha
 » dado prisa en llegar: ya está en medio de
 » nosotros. ¿El nombre solo de Colli no os
 » conmueve, no os infunde valor? ¿No anima
 » el espíritu de todos los pueblos, este Colli
 » que, durante dos años enteros, ha cerrado
 » las gargantas del Saorgio, Termópilas de la
 » Italia, las montañas de Tauy y de Brois, don-
 » de los cadáveres de los furibundos France-
 » ses han cegado los valles y allanado los pe-
 » ñascos mas escarpados? Este mismo Colli
 » viene á guiarnos, no á unos combates incier-
 » tos, sino á una victoria infalible. Es Italiano

» como vosotros: os ama tiernamente, tiene
 » una entera confianza en vosotros, y le sobran
 » motivos para tenerla mayor que se acostum-
 » bra comunmente.

» A vosotros ahora toca el no desmentirle,
 » el no comprometer vuestro honor y el suyo,
 » y añadir nuevos laureles á los que adornan
 » su cabeza encanecida en medio de los com-
 » bates y de las armas. El honor que os es co-
 » mun con él, exige que le mireis como á otro
 » César, para que, con vuestro auxilio, pueda
 » *venir, ver y vencer*; sois demasiado felices de
 » poderlo esperar con tanta certidumbre.

» Con el auxilio de la mano poderosa del
 » Dios de los ejércitos, en nombre de quien
 » derramareis, si es necesario, vuestra propia
 » sangre, ¿podriais temer á un enemigo as-
 » tuto y vil, que es el enemigo de Dios mis-
 » mo, así como de los hombres, y que hasta
 » este dia ha puesto su confianza en el fraude,
 » en las traiciones, en los excesos y las bra-
 » vatas, antes que en el verdadero valor mili-
 » tar? ¿Vosotros que peleareis bajo de la imá-
 » gen de esta Virgen Santísima que os ha ex-
 » citado á esta empresa, podriais dudar de su
 » amorosa y eficaz proteccion? ¿Vosotros, ge-

» nerosos caballeros , que llevais en vuestras
 » banderas el signo brillante de la Cruz , no
 » quereis pronosticaros , y creer firmemente
 » que , del mismo modo que Constantino el
 » Grande venció al tirano Maxencio por la
 » virtud de este signo , que se le apareció di-
 » vinamente en el puente Milvio , y que con
 » esta victoria estableció el imperio de la re-
 » ligion católica en la capital del mundo , y
 » en el mundo entero , vosotros protegidos ,
 » como lo fue , por este signo saludable , no
 » triunfareis de unos enemigos mas impios y
 » mas feroces , y no mantendreis sagrada é in-
 » violable la misma religion en Roma , en la
 » Italia , y en todos los paises donde su autor , el
 » Verbo divino , se ha dignado propagarla ?

» Y ¿ no brilla la alegría en vuestros sem-
 » blantes ? ¿ No se ensancha vuestro corazon
 » con el dulce pensamiento que la divina pro-
 » videncia os ha elegido para tan grande obra ?
 » Que los Romanos , los hijos predilectos de
 » la religion romana , de la santa religion ca-
 » tólica , sean su apoyo mas poderoso y mas
 » firme !

» Animo pues ! No temais nada . A las ar-
 » mas ! Nosotros todos los que quedaremos

» en nuestras casas , no seremos indiferentes
 » sobre vuestra suerte ; no cesaremos de sumi-
 » nistraros todo cuanto necesiteis ; nada os fal-
 » tará . Ofreceremos fervorosos ruegos al Altí-
 » simo para que dirija vuestros golpes á un
 » blanco infalible ; y entonces vivireis llenos
 » de confianza que , con tales auxilios divinos
 » y humanos , lograreis el triunfo el mas pronto
 » y mas señalado ; nos apresuraremos á salir á
 » recibiros y á llevaros salvos , sanos y triun-
 » fantes á los lugares donde habeis nacido ,
 » para tributar á este mismo dispensador de to-
 » dos los bienes , las gracias inspiradas por la
 » expresion de nuestros corazones agradeci-
 » dos . Dios está en Israël ; Josué y Gedeon re-
 » suscitarán entre vosotros . No temais nada . A
 » las armas ! A las armas ! »

El general Bonaparte contestó á esta ex-
 traña declamatoria del ódio y de la mala fe
 con esta corta proclama : « El ejército frances
 » va á entrar sobre el territorio del Papa ; será
 » fiel á las máximas que profesa ; protegerá á
 » la religion y al pueblo . El soldado frances
 » lleva en una mano la bayoneta , garante se-
 » guro de la victoria , y en la otra el ramo de
 » olivo , símbolo de la paz y prenda de su

» proteccion. Desdichados aquellos que, sedu-
 » cidos por hombres profundamente hipócri-
 » tas, acarrearán sobre sus casas la venganza
 » de un ejército que en seis meses ha cogido á
 » cien mil prisioneros de las mejores tropas del
 » Emperador, tomado cuatrocientas piezas de
 » cañon de batalla, ciento y diez banderas, y
 » destruido á cinco ejércitos!»

El dia siguiente dió cuenta á su ejército,
 con la órden del dia siguiente, de los motivos
 que le hacian volver á tomar las armas.

« 1º. El Papa se ha negado á observar las
 » condiciones del armisticio que habia con-
 » cluido. 2º. La corte de Roma no ha cesado
 » de armar y excitar á los pueblos á la cruzada,
 » con sus manifestos. 3º. Ha entablado con la
 » corte de Viena negociaciones hostiles contra
 » la Francia. 4º. El Papa ha dado el mando de
 » sus tropas á generales enviados por la corte
 » de Viena. 5º. Se ha negado á contestar á las
 » preguntas de oficio que le ha dirigido el ciu-
 » dadano Cacault ministro de la República
 » francesa. 6º. El tratado de armisticio ha sido
 » pues quebrantado y roto por la corte de
 » Roma, etc.»

El 2 de febrero, Bonaparte salió de Bolonia

y puso su cuartel general en Imola, en el pa-
 lacio del obispo Chiaramonti, que fue despues
 el papa Pio VII. Esta hospitalidad militar vino
 á ser para el obispo y para el general un acon-
 tecimiento importante. Todo el mundo conoce
 la famosa homilia republicana de aquel respetable
 prelado, publicada en Imola en el mismo
 año. En ella dice: « *Sí, queridos hermanos míos,
 sed buenos cristianos y sereis excelentes demó-
 cratas.... Las virtudes morales hacen los bue-
 nos demócratas..... Los primeros cristianos se
 hallaban animados con el espíritu de demo-
 cracia; Dios favoreció los trabajos de Caton
 de Utica y de los ilustres republicanos de
 Roma.....* » La reflexion no era oportuna su-
 puesto que si Dios hubiese favorecido los tra-
 bajos de Caton, Roma no hubiese sido subyu-
 gada por César, y Caton no se hubiera matado
 en Utica.

El ejército del Papa estaba en campaña. El
 cardenal Busca, fiel á su palabra, habia for-
 mado un Vendée en la Romaña, sublevando y
 fanatizando las poblaciones. Todos los recur-
 sos del ingenio ultramontano, tan poderoso
 todavía en aquella época sobre la Italia, fueron
 puestos en obra. El príncipe de la Iglesia en